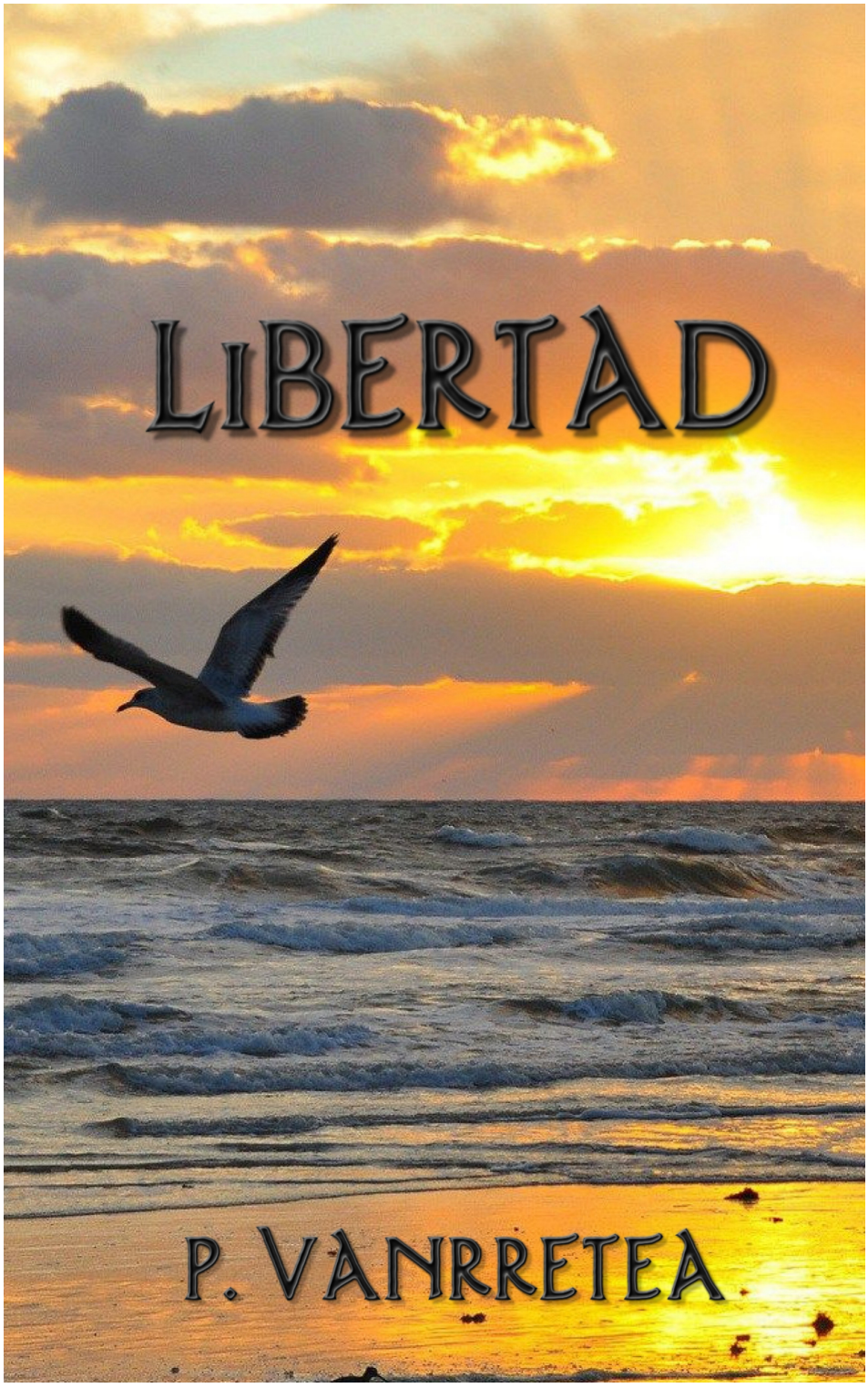
Libertad

P.Vanrretea (Annisa)



Capítulo 1

Libertad

Elisa estaba en lo alto del acantilado mirando como la calma del mar se fundía con el azul del cielo. La paz que se respiraba en aquel lugar era tan grande que podía hacer que un niño dejara de llorar. Estaba segura que si hubiera alguien en el mundo que dijera que el paraíso no existía, tenía la prueba ante sus ojos para refutar aquella declaración.

A pesar de todo, se sentía afortunada. Ahí no había más dolor, angustias, reproches ni culpas. Ya no… ahora era libre. Libre para continuar hacia adelante. ¿Pena? ¡Claro sentía un poco de pena! Por lo que pasó, por lo que se pudo haber evitado y porque en una parte de su corazón se sentía un pelín culpable.

Estaba segura que todo el mundo que la apoyó le diría que era un error, que todos a su alrededor tuvieron la culpa menos ella; que simplemente fue una víctima. Pero ¿hasta qué punto uno deja de ser responsable y pasa a ser una victima? Es una respuesta que aún no le llegaba, y tal vez ya era demasiado tarde.

Elisa le dio la espalda al mar. Lentamente, comenzó a caminar hacia las grandes lápidas que adornaban el cementerio entretanto sentía la leve brisa rosándole el rostro causándole un leve cosquilleo. Dejó que sus pensamientos vagaran por aquel paisaje que no comprendió en qué momento se fundieron con sus recuerdos.

Estaba oscuro, lo cual era bastante extraño considerando que el sol ya había salido. No comprendió porque continuó en ese lugar a pesar de que ese sentimiento de inquietud le inundaba provocando que se le acelerara el corazón. Estaba esperando a su madre, pero ella no aparecía. En su mensaje, le decía expresamente que tenía que ir a esa hora. Intentando no alterarla, decidió hacerle caso, pero ella no estaba.

Elisa recordó que la esperó unos minutos más, pero continuaba sin aparecer. Cuando la intranquilidad que tenía se convirtió en angustia tomó la decisión que de no podía permanecer en esa sombría casa. Sin

embargo, no fue lo suficientemente rápida.

Sintió como unos fuertes brazos la rodeaban por completo mientras le tapaban la boca con un trapo sucio. El olor le provocó tantas nauseas que casi estuvo a punto de perder el conocimiento, pero a pesar de aquello, redujo lo suficiente sus fuerzas para no poder defenderse. No supo si fue por le inyectaron algo o por el olor del trapo, pero su cuerpo quedó laxo tirado en el suelo mientras que la sombra que la rodeó se subía a horcajadas suyas.

A pesar de no ver el rostro, supo enseguida de quien se trataba. Su gran pesadilla en su máximo esplendor. ¿Cuántas veces no había anticipado que podía ocurrirle algo así? ¿No había sido esa la razón por la que había salido casi arrancando de la casa su madre meses atrás? Intentó por todos los medios evitar una escena como la que estaba viviendo. ¡Dios era testigo que lo había intentado! Pero al final se había cumplido aquel futuro que tanto quiso evitar.

No luchó cuando le arrancaron la ropa, no podía. No tenía fuerzas, tampoco se defendió cuando sintió que su miembro la traspasó como un rayo robándole lo más preciado que tenía. ¿Deseó morir? Una parte de mente pedía a gritos que la mataran para no tener que vivir con aquella carga; la otra, su parte guerrera, se negaba a dejar que la humillaran de tal forma y ser una más de las tantas estadísticas.

Tal vez fue un breve milagro. Ahora que podía analizar la situación, quería creer que así había sido. Experimentó como una especie de descarga eléctrica se apoderaba de ella, dándole la fuerza para conseguir defenderse de su agresor. Por un momento, pensó que lo lograría, pero una segunda figura que veía la escena en la penumbra la dejó pasmada. No dijo nada, simplemente pensó derrotada: «mamá».

Sintió como un imaginario cuchillo le atravesaba el corazón dejándola sin aliento. La conmoción le impidió continuar defendiéndose. Fue tanto, que ni siquiera notó cuando el oxígeno dejó de llegarle a su cerebro. Cerró los dejándose llevar al fondo de un abismo del que deseaba nunca salir. No valía la pena, ya nada lo valía.

Elisa volvió al presente dejando que esos horribles recuerdos se extinguieran al fin. Después de un año de haber ocurrido aquellos hechos, ahora no se sentía tan impotente. La justicia había tardado, pero había llegado. Su madre y la pareja de esta estaban pagando en la cárcel por el crimen que habían cometido. Después de su violación y posterior descuartizamiento su caso no había sido indiferente ante nadie. A veces la sociedad puede ser el peor juez que el de la misma corte.

Lentamente, dejó una rosa azul frente a lápida donde se podía leer su

nombre:

Elisa Sáez Montero

2006 – 2020

Con la paz inundándole el corazón dejó que una luz la invadiera por completo. Se dejó llevar por la brisa del viento mientras recorría aquel acantilado llevándola al horizonte. Elisa ya no podría continuar con su vida en ese lugar, pero nadie le impedía después de tanto tiempo sentirte libre y sin una carga en sus hombros. No cuando todos los responsables de su destino estaban pagando.

FIN